



## EL MOMENTO HISTÓRICO ESPAÑOL

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, agosto de 1917.

Hemos pasado días de intensísima expectación aquí en España, y aun los seguimos pasando. Y de nada ha servido la rigurosa censura previa a que ha estado sometida la prensa, a la que no se le permitía decir nada ni de la cuestión militar, ni de movimiento de tropas, ni de juntas de defensa, ni de manifestos y proclamas societarias, ni de mitines y huelgas, ni de movimiento de buques de guerra, ni de torpedo de barcos nacionales o extranjeros en aguas jurisdiccionales, ni de exportaciones, ni estaban permitidos los comentarios sobre la guerra. Prohibíase, a la vez, censurar a la censura y hasta se ha llegado a prohibir publicar huecos en los diarios. Jamás se había visto tal locura de miedo en la esfera del poder público. Y miedo, ¿de qué? ¿De la revolución?

A favor de la censura se ha querido hacer cosas a cancerros tapados. Porque lo característico del régimen oligárquico y hasta tiránico no es precisamente la violencia, sino que es el secreto. La democracia es publicidad. Es preferible que se la lleve a un pueblo por caminos que no le convienen, pero revelandole por dónde se le lleva y por qué motivos, que no el que se le meta en el buen sendero de su progreso, pero ocultandole y sin decirle las razones de ello o engañandole. No es la violencia, repetimos, es el secreto lo característico de toda tiranía. Y si do esta guerra ha de salir el triunfo de la democracia, será porque en adelante no se podrá contraer alianzas, defensivas u ofensivas, entre las naciones, sin que éstas lo sepan y deliberen sobre ellas públicamente. Es menester que no vuelva a poder repetirse el caso de que, un cotarro burocrático-militar acuerde a puerta cerrada, como ocurrió en Alemania, lanzar a un pue-

blo a la guerra y acompañe al secreto con la mentira y el engaño. Democracia es publicidad previa. No es lícito moralmente que los soberanos firmen tratados y compromisos a ocultas de los pueblos. Mejor cien veces la violencia declarada que el secreto mansaso. Y aquí, en España, casi nunca se sabe la verdadera causa de las crisis ministeriales.

Cayó el conde de Romanones al parecer por haberse declarado aliadófilo y pedir que España, aun sin ir a la guerra de hecho, rompiera la vergonzosa neutralidad incondicional y a todo trance y costa. Tal fué la aparente razón de la caída del ministerio Romanones. Sucedió otro sedicente liberal y democrata—nada de liberal y mucho menos de democrata—el Sr. García Prieto, primer marqués de Alhucemas, y al poco tiempo estalló un verdadero motín militar en Barcelona. La Junta de defensa del cuerpo de infantería, cuya cabecera estaba en Barcelona, se impuso al gobierno del rey y al rey mismo. A éste le han cambiado su cuarto militar. Y el gobierno y el rey tuvieron que ceder. Y cayó el ministerio García Prieto, pero cayó porque no quería seguir gobernando con las cortes cerradas, quería reunir a éstas, abrir el parlamento y oírlo y el rey no quería de ningún modo que pudiera negarse a oír voz del pueblo en el parlamento. Y vino este gobierno conservador, a ganar tiempo—es decir, a perderlo—a poner mordaza a la opinión pública, a establecer el reinado del silencio y del secreto.

¿Por qué ese miedo al parlamento? ¿Por qué nuestro rey, como el último rey de los griegos, Constantino, temía al parlamento? ¿Es que no quería que se tratase en él de la supremacía del poder civil y se descubriese como el gobierno de su majestad y su majestad misma habían tenido que ceder a imposiciones, más o menos justamente fundamentadas, de una junta militar no reconocida legalmente? Había sin duda más que esto. Había el temor de que en el parlamento, al discutirse la caída de Romanones, se discutiera la vergonzosa neutralidad incondicional y a todo trance y costa y se viese que es un enorme embuste eso que ha estado pregonando a todos los vientos el troglodítico germanófilo, eso de que en España son inmensa mayoría, casi totalidad, los neutralistas a todo trance y costa, esto es: los germanófobos. Quieren impedir que se supiera que los germanófobos no son tantos como ellos dicen y además que son los más torpes, los más incultos, los incapaces de oponer razones a razones.

Y la prueba de que esto es así se ha visto cuando al preparar los parlamentarios independientes la asamblea que se ha celebrado en Barcelona el día 19 de julio para pedir la reunión de cortes, se les ordenó a los diputados jaimistas, o más bien vazquezmellistas, que no concurriesen a esa asamblea. Y hoy aquí el vazquezmellismo—porque el jaimismo no existe—no es sino ceguera troglodítica germanófila. El pobre apocalíptico Vázquez Mella, detestable sofista y orador tan huero como cursi y barroco, ingenio tan empapuzado de pretéritas historias y leyendas muertas que carece en absoluto de sentido histórico, y es incapaz de darse cuenta de la actualidad histórica, el pobre profeta Vázquez Me-

lla, el que hace poco menos de tres años vaticinaba la rápida victoria de Alemania por la destrucción de Londres mediante una escuadra de zeppelines y otras fantasmagorías por el estilo, el pobre Vázquez Mella, a quien tantos ceriles curas españoles le tienen por un consumado teólogo, porque ellos, esos curas, no saben ni jota de su teología, el pobre Vázquez Mella ha dicho que el parlamento sería ahora, si se reuniese, un campo de Agramante. Un campo de Agramante en que él, el profeta, no podría repetir sus profecías de hace menos de tres años.

No, no podía reunirse el parlamento, no podía saberse la opinión del país, no podía dejarse que se hablara libremente de la neutralidad, no podía permitirse que se discutiera la nota que Romanones entregó al rey al tener que dejar el poder. Alemania, y más que Alemania, la troglodítica germanófila española—acaso ésta sea—no podía consentir en que se supiese la verdad del estado de opinión del país y de la importancia de las respectivas fuerzas en disentimiento. Había que prolongar la fiebre de una España germanófila, aunque fuese amenazando con la guerra civil.

Pero por razones en gran parte ajenas al estado de la opinión española respecto a la guerra, los parlamentarios catalanes y con ellos otros no catalanes, casi todos los republicanos—incluyendo estos a los reformistas—el socialista Pablo Iglesias, algunos regionalistas y otros pedían y seguían pidiendo la reunión de cortes y que se acuerde constituir un gobierno nacional, ajeno a partidos, a esos partidos que tiene montado su tinglado electoral, y que se proceda a convocar cortes constituyentes, que discutan la constitución y hasta el régimen, y sean elegidas fuera de todo encasillamiento y por un sufragio libre.

Tal es el proceso revolucionario que se está planteando hoy en España.

Dícese que el rey, alarmado al ver lo que pasa, angustiado al enterarse de que toda aquella popularidad de que le habían hecho creer que gozaba no era sino ficción, después de haber hasta llorado al darse cuenta de la realidad, había querido abdicar y marcharse y que fué su tía la que más se opuso a tal propósito. Dícese tantas cosas... Se dice que si su majestad tuviese más fortuna personal que la que tiene, le gustaría más vivir, y en España, como simple particular, rodeado del respeto y el afecto de sus compatriotas, que no seguir sujeto a un oficio al que no parece que tiene demasiada afición.

Sería en verdad un caso estupendo, un caso ejemplar, un caso que elevaría a España en el concepto de la civilidad histórica el que se llegase a formar aquí un gobierno nacional, y no de partido, un gobierno encargado no más sino de que se manifieste libremente la voluntad nacional, la opinión pública, en los comicios y que unas cortes constituyentes, convocadas por el rey, como es hoy de derecho constitucional, discutiesen el régimen, discutiesen la institución regia, discutiesen la forma de gobierno, y que en virtud de esa discusión pa-

# El momento histórico español



sase el soberano que convocó las cortes a ser un ciudadano como los demás. Y puestos a soñar un proceso histórico tan ejemplar y noble, podemos soñar que ese ex soberano se quedase a vivir en la patria que rigió, en su patria, como un patriota y hasta que con el tiempo pudiese llegar a representar en cortes al pueblo que le discutió su realeza. Sería realmente uno de los más nobles espectáculos ver en los escaños de un parlamento, como representante, diputado o senador, de un pueblo a un ex soberano de él. ¿Podría llamarse revolución a esto?

Y dejando ensueños, más o menos proféticos—y qué sorpresas no nos reserva esta guerra de la democracia contra el imperialismo, del régimen de la pública discusión contra el del secreto despótico?—dejando ensueños, podemos asegurar que la revolución española está en marcha. La traen las cosas y las ideas, los intereses y los ideales, más que los hombres, aunque las cosas y las ideas, los intereses y los ideales no obren sino por los hombres. Hay regiones españolas, Cataluña a la cabeza de ellas, que quieren vivir vida civil, vida de publicidad, vida europea, vida histórica y quieren redimir a las pobres regiones muertas y más que regiones capas sociales-paraméricas, tibetanas, que bajo los encantamientos de los bonzos políticos duermen siesta secular, esta siesta que está brotando con el estridillo de viejos rencores tradicionales el trogloditismo germanófilo. Tenemos que sacudir la venenosa quisquillería y la no menos venenosa recebosidad; tenemos que sacudirnos de dentro, y no ya de encima, la currona filiposa del siglo XVI, la podrida tradición del hijo de Carlos el Emperador.

La repugnancia a la vieja ficción política, a la de los gobiernos salidos de las elecciones de encasillado y amanífi, esa repugnancia aumenta. Las oligarquías caciquiles, que fustigó Costa, sienten que se les va el suelo de debajo de los pies. El ejemplo de Cataluña, de algunos otros pocos distritos no catalanes, donde el gobierno no logra encasillar candidatos, es ejemplo que alienta.

Hay aquí, en el interior, tristes distritos de criados, de siervos, no de ciudadanos. Hay alcaldías de señorío, todas de un solo amo, donde los vecinos ni siquiera pueden vender el voto porque ellos mismos, los votantes, están comprados de por vida. El problema de España es un problema de libertad de opinión. Pero ésta se va haciendo.

Claro está que aun quedan bonzos de nuestra política tibetana que se figuran que las cosas seguirán como antes y que volverá a haber unas elecciones generales de diputados a cortes y de senadores como las pasadas y que volverá a armarse el tinglado electoral y que volverá a traer una gran mayoría el gobierno que ocupe el poder, sea el que fuere, y que seguirá la siesta tibetana. Pero creemos que no se ha vivido en vano la

historia de estos dos últimos meses, que en ellos se han puesto en claro muchas cosas, que se han rasgado algunos velos, que se han quebrantado algunos secretos. Porque hay instintos y poderes que sólo viven de la fuerza, que se les supone, aunque no la tengan. Basta que se averigüe que es de corcho lo que se creía de hierro para que se pongan a darle empellones los que no se atrevían a tocarlo. En estos dos meses se han derribado algunas leyendas, se han desvanecido algunos prestigios.

Y ahora aguardamos. La vieja España oficial, la del secreto y la siesta, la de los cotarras de bonzos y las camarillas de corte se bambolea. La guerra europea lo dió el primer empellón. Ante esa revolución, que es la guerra actual, se agarra, como quien se agarra a un clavo ardiendo, a la neutralidad incondicional y a todo trance y costa, mientras hace votos por la derrota de la democracia. Y los pobres tibetanos, engañados por las cantineras germanófilas, no hacían sino hablar de los agravios que desde hace cuatro siglos venimos recibiendo, del abandono en que se nos ha tenido, del desden con que se nos ha tratado... Los pobres tibetanos de España no vivían sino de reconocimientos, de quisquillidades, de recelos, de nuestra historia falsificada. ¡Y todo ello lo atizaban esos tudescos que tienen la osadía de publicar hojas de propaganda a que llaman «Gaceta de España»! ¡Eran esos solapados tudescos los que venían a darnos lecciones de españolidad! Pero esta pesadilla va a acabarse. Con el derrumbamiento del imperialismo, régimen de secreto, en todo el mundo, se derrumbará aquí, en España, el régimen de la siesta y de la explotación del durmiente. Ya no va a haber aquí paz civil hasta que no cambie el régimen de secreto y de arbitrariedad.

MIGUEL DE UNAMUNO.

